

## ***EL TORNADO***

La aldea estaba triste. Todos intuían, más o menos, cuando se acercaba la fecha en que llegaría el Tornado que solía devastar parte de las cosechas y provocar destrozos en los lugares donde se encerraba el ganado. En esta época todas las miradas enfocaban a Hermel. Él era un estudioso de la climatología y de las entradas y salidas del dios redondo que se presentaba en forma de esfera blanca en el cielo.

No entendían como ese dios era capaz de mandarles el Tornado con el esfuerzo que costaba conseguir cultivar los campos. Marion, a la que todos llamaban “la mano de Dios” nunca encontró respuesta. Ella era la encargada de adivinar las intenciones del dios blanco. Fue la primera en pedir voluntarios para ir a hablar con dios y preguntarle a él directamente.

El barco fue diseñado para la ocasión. Percis, el único capaz hasta donde alcanzaban las tierras, de construir algo que se moviera, sabía que la misión era descabellada y arriesgada pero nadie quiso perdersela. Todos los pobladores de la aldea subirían en el barco que construyó para, de primera mano, pedirle favores personales al dios que, cuando se oscurecía el día, los vigilaba desde lo alto.

Ese día era de fiesta. Hermel había predicho el día exacto en el que aparecería el Tornado las cinco últimas veces. Eso había hecho que pusieran a salvo a los animales para que estropicio fuera menor. Pero había que intentar eliminar el Tornado. Para la expedición se nombraron seis jefes de equipo. A estos tres se le unieron Serfra, experta en todo lo relacionado con la tierra. Sabía de cultivos, plantas y animales. Dunda era la encargada de la salud de todos. Heredado de su madre, se encargaba de curar heridas, alumbrar nacimientos y calmar los dolores. Su empeño en la misión hizo que incluyeran al viejo Porto y su loro. Sus ideas siempre eran descabelladas pero en una urgencia, su experiencia y experimentos podrían ser útiles para poder subir por el tornado para llegar con el navío hasta el dios y hacer las peticiones de los aldeanos.

Se comió y se bailó hasta la hora en que Helmer hizo una seña para que fueran todos subiendo al barco. El Tornado estaba a punto de llegar y todo debía estar preparado. Se hizo un solemne silencio. Todos fueron subiendo al barco poco a poco con mezcla de miedo y esperanza. Todos sabían que pudiera ser que no se volvieran a ver más. Porto, muy activo y diligente para su edad, fue colocando a la gente en la cubierta. Se conocía cada rincón de ese barco que había ayudado a construir. Una vez que todos estuvieron encima, se produjo una tensa espera. Se oían pocas voces. Casi el miedo se apoderó y transformó la fiesta en silencio.

Pasaron horas. La gente se empezaba a impacientar. Helmer estaba desorientado. No podía ser. El Tornado no aparecía. Los seis cabezas de equipo decidieron reunirse juntos. Al ser preguntado, como es lógico, no supo contestar. Ya tenía que haber aparecido el Tronado. Se dieron un tiempo prudencial.

Al largo tiempo empezaron las murmuraciones dentro del barco, hasta que tímidamente algunos empezaron a abandonarlo. Al principio eran pequeños grupos hasta que lo hicieron en masa. Hasta el equipo de cabeza abandono la nave e hicieron una asamblea. Nadie se explicaba que había pasado. ¿el dios se había conmovido por la actitud y había decidido no enviar el Tornado o Hermel se había equivocado de día?.

Marion propuso hacer un encierro en el camarote del barco y evaluar las posibles determinaciones que habrían de tomar. La confianza de los aldeanos se mantenía intacta y eso les permitió pasar unas horas juntos. Percis y Porto acomodaron el camarote del barco para una reunión de emergencia. Aunque en la mente de todos estaba la misma respuesta. Ni siquiera aparecía una descabellada idea de Porto. Realmente, no sabían que había pasado.

Una vez que estuvieron los seis en el barco se oyeron unos gritos de fuera. Todos corrían hacia las cuevas a guarecerse. El Tornado, esta vez venía con más furia que nunca. Marion pensó que habían desafiado al dios y este mostraría su ira contra ellos. No dijo nada porque de nada serviría ya. En pocos minutos, el Tornado alcanzó al barco, que como había predicho Percis, comenzó a volar en círculos a merced del viento generado.

Los giros eran vertiginosos. Los pasajeros volaban por los aires. Se iban acercando cada vez más al dios redondo que los vigilaba desde el cielo con su forma blanca y redonda. Todos acabaron agarrados a mástiles y cuerdas en la cubierta. Las vueltas cada vez eran más rápidas. El barco subía de altura. Los esfuerzos de todos los que estaban en cubierta por agarrarse unos a otros iban dando resultados. Sólo Porto se había quedado en el camarote y pudo poner al loro a salvo.

Tras una subida que duró una eternidad, el barco empezó a dar giros cada vez más lentos. Todos, ahora, lograron agarrarse unos a otros. Estaban llegando a la mismísima cara del dios. Tan cerca, que en poco tiempo podrían tocarlo y, lo que era más interesante, podrían hablar con él.

El barco empezó a ralentizarse ante las primeras sonrisas de Sefra. Su imagen se fue poniendo sería al observar que Dundra empezaba a deformarse. A Porto no le cogió de sorpresa cuando su cuerpo empezó a deformarse hasta llegar a desintegrarse en un cúmulo de moléculas. Ya había observado que eso mismo le había pasado al loro bastante tiempo antes. En pocos minutos todos habían dejado de ser materiales para convertirse en moléculas. Ahora, el único que era material era el loro. Porto había descubierto que esas moléculas eran sensibles a la cera de la tea de las luces.

Por ello, en lo que los demás luchaban en la cubierta para agarrarse unos a otros, a Porto le había dado tiempo, observando que el loro volvía a materializarse en forma de una masa amorfa mezclado con la tea, de fabricar dos recipientes uno para contener sus moléculas y otro para contener las moléculas de los demás.

Arrastrándose por el suelo, logró llegar y abrir la puerta. Todas las moléculas de sus compañeros de viaje, mezcladas unos con otros, se pegaron como un imán al recipiente de tea creando una gran masa donde estaban contenidos los cinco cuerpos. Porto, poco a poco iba dominando su nueva forma. Logró separar la masa de tea en cinco partes diferentes. El problema que cada una de las partes estaba constituida por moléculas de los cinco mezcladas. La opción era sencilla. Dividió la masa grande de tea mezclada con las moléculas de sus compañeros de viaje en cinco partes iguales.

Decidió juntar dos de las partes y que cada una de las partes se llevara de la otra las moléculas que le pertenecían. Tras un rato de intercambio molecular, se llegó a tener a cada individuo aislado en cada parte de tea. Volvían a ser los mismos. Dunda se atrevió a decirles a los demás que quería quitarse moléculas de su cuerpo que le

sobran. Por ejemplo, ella siempre había considerado que uno de sus defectos era su falta de humildad que tantos problemas le había acarreado con los vecinos de la aldea. Se quitó esa parte. Viendo lo fácil que era. Los demás empezaron a quitarse defectos.

Fue ahora, mas calmados, cuando se dieron cuenta que la división molecular se había producido al traspasar por el agujero blanco al que ellos llamaban Dios y que no era más que un paso luminoso que daba entrada a otra parte del cielo. Marion entendió todo. No había dios. Entonces, ¿Quién mandaba el Tornado?.

Viendo que no podían hablar con dios, puesto que este no existía, decidieron volver a la aldea. La idea ya la habían planteado Hermel y Percis desde que se decidió emprender la subida. El plan de bajada era esperar a que el tornado fuera más débil y bajar por su columna de aire. Pero tenían un problema. Estaban a la otra parte del agujero blanco y el tornado ya había desaparecido.

Empezaron la observación de todo lo que les rodeaba. Vieron que había un sin fin de materia molecular. Ellos sabían que eran sus animales y objetos que el tornado se había llevado durante los años anteriores. Sefra empezó a mirar moléculas e identificó que muchas eran de origen vegetal, otras, de origen animal y algunas, moléculas humanas. Pensó si no estaría tocando, de nuevo, a su hermano que desapareció hacía diez tornados atrás.

Hermel fue el primero que se atrevió a decir, lo que ya todos empezaron a intuir. Hay que esperar al siguiente tornado para poder bajar. Eso era mucho tiempo. Pero, ¿Qué otra solución?.

Estuvieron pasando el tiempo hablando y conociéndose y lo más productivo fue jugar a un juego en el que los demás te iban quitando moléculas de defectos que ellos veían sobre ti. Tras largo tiempo de estancia en el barco consiguieron una cosa inaudita. Que ninguno de ellos tenía defectos. Eran seres puros y limpios.

Se acercaba la fecha en la que Hermel calculaba que tocaría el nuevo Tornado. Hicieron preparativos. No podía fallar nada para volver a la aldea. Midieron todo. Sefra adquirió moléculas que no conocía para estudiarlas cuando volviera a casa. Percis, tenía a punto la vela para que el barco bajara por la columna de aire. Y Marion, que había permanecido callada durante todo el largo tiempo había hecho mucha meditación.

La alegría se desbordó al ver que, ahora sí, el Tornado apareció en el justo momento que predijo Hermel. Pusieron el barco el borde del círculo blanco a la espera de conectar con el tornado. La visión era increíble, veían la aldea y sus alrededores desde encima. Vieron como se formó el Tornado. Una serie de desfiladeros entre montañas hacía que el aire entrara y girara de tal manera que formaba una corriente circular.

Los seis, que se habían dotado de sabiduría durante el largo tiempo encerrados en el barco, se dieron cuenta que más que pedirle al dios que no mandara más el Tornado, lo que deberían hacer es taponar esos desfiladeros.

A la primera ráfaga de aire del nuevo tornado, el barco se desprendió del agujero blanco y empezó a caer por el centro del tornado. Al principio rápido, casi en caída libre y luego más lento. Pero llegaron un punto con el que no contaban. Vieron como sus

cuerpos se volvían a reconstruir y empezaron las sonrisas. El Tornado empezó a devolverlos hacia arriba. Las sonrisas se convirtieron en desesperación. Volvían al agujero blanco desde el que habían partido. Dunda, la más previsora del grupo, les había obligado a untarse alrededor de tea. Volviendo al agujero blanco, cuando empezaron la desintegración en moléculas, de nuevo, sirvió para que no volvieran a mezclarse.

Porto, antes de la desintegración descubrió cual había sido el fallo que habían tenido. Pero antes de hablar, Hermel gritó: “hay que inclinar el barco para que el viento empuje las velas hacia abajo”. Entonces fue cuando el loco aventurero expuso acopiar toda la tea que pudieran en la proa del barco y cruzar el agujero blanco para hacer acopio de moléculas que al volver a incidir en el tornado y reconstruirse tomaría más masa y incrementaría de forma importante el peso en la parte delantera del barco y lo inclinaría lo suficiente para que el viento empujara, esta vez, hacia abajo.

Volviéron al agujero antes de que el Tornado desapareciera y lanzaron el barco de nuevo. Esta vez, no se cortaron las sonrisas hasta que las sustituyeron las lágrimas al llegar a tierra firme.

Sucios y llenos de tea, se abrazaban. Caminaron hasta la aldea donde todos, incrédulos, no se esperaban tan gran sorpresa. Tras las pertinentes reuniones informativas, se realizaron festejos de bienvenida.

Una noche, los seis, se volvieron a reunir todos juntos. No lo habían hecho desde la odisea del barco. Todos sabían cual era la forma de que no volvieran los tornados. Unos simples diques de contención de las corrientes de aire los harían desaparecer. Marion tomó la palabra. Ella pensaba que lo mejor para la aldea era no desvelar a los aldeanos lo que ellos sabían: que dios no existe y que fue su propia visión la que descubrió la fórmula para evitar la catástrofe periódica.

Todos se dieron cuenta que, quizás, para la comunidad, lo mejor sería que no supieran la verdad. Puesto que cuando se reconstruyeron al otro lado del agujero blanco, se habían convertido en perfectos, gozaban de una credibilidad ilimitada. Volvieron más listos y perfectos que los demás y eso los convirtió en dioses vivos. En esta reunión se decidió que el tornado se eliminaría siguiendo las instrucciones que el dios blanco les había transmitido.

Con el tiempo, este consejo de seis personas, se convirtió en creador de doctrinas y leyes invocando a su relación con el dios. Su poder sobre los demás era absoluto. Ellos, en su perfección, siempre decidieron que era lo mejor para los aldeanos pues todos habían desterrado la codicia de sus cuerpos. Y su inteligencia hizo que tomaran siempre las decisiones adecuadas para beneficio de la aldea.

Pero Porto, el científico loco, siempre se preguntaba una cosa: cuando ellos murieran, ¿que uso harían de ese poder las personas que continuaran con su labor?